

Marcos Mostaza

Daniel Nesquens

Ilustraciones de
Claudia Ranucci

Marcos Mostaza
tres

ANAYA



Zumo de radio

Mamá es de esas personas que todavía muele el café en casa, en un molinillo eléctrico de los años setenta, en la cocina. Por lo que sea, desconfía de los paquetes de café ya molido. Un día le pregunté por qué dudaba del café molido que venden en los supermercados. Mamá me miró, abrió la boca, la volvió a cerrar y se encogió de hombros.

—¿Tienes miedo a que en uno de esos paquetes de café te puedas encontrar una uña de ratón? —insistí.

Ni una palabra como respuesta. No está bien que los padres, en este caso las madres, no contesten a las preguntas de los hijos.

Casi todos los sábados, por no decir todos, sin la preocupación de tener que ir a trabajar, sin prisas, mamá repite la misma operación: enchufa la radio

que tenemos en la cocina y se pone a moler café. La radio no va a pilas, está enchufada a la corriente eléctrica. Giras una ruleta negra (clic) y la radio se pone en funcionamiento. Con la misma ruleta regulas la voz que sale de dentro. A ojo, no como el reproductor de CD que tiene mi padre en uno de los estantes de la librería del cuarto de estar, en el que unas rayitas rojas indican lo alto que suena la música. A más rayitas rojas, más volumen. A menos rayitas, menos volumen.

La ruleta del dial de la radio no se pude mover: está estropeada. La línea que marca la emisora que quieres escuchar está clavada en el 105,2 de la frecuencia modulada. Así que de la radio de la cocina solo salen canciones y más canciones cantadas, todas, en castellano. Y, a las horas en punto, noticias nacionales e internacionales.

—Internacional —dice una voz a la que no pongo cara—. Un gran temporal fuerza a Holanda a cerrar los diques. Una potente tormenta en el mar del Norte amenazó...

Hace un par de sábados papá desenchufó la radio: «El petróleo y los tipos de cambio deslucen los pronósti...».

Yo estaba sentado en un extremo de la mesa. Mi hermana había madrugado y ya se había marchado a jugar el partido de los sábados. Jugaban contra las

últimas. Estaba nerviosa porque el entrenador le había confirmado que iba a salir en el cinco inicial.

Papá desenchufó la radio y la desmontó. La radio en dos. Como las naranjas después del zumo. Zumo de radio.

—¿No puedes moler el café en otro momento?
—se quejó a mamá del «bruuun, bruuun» del molinillo.

—«Como guste el señor» —respondió mamá. Dejó el molinillo sobre la encimera y se quedó mirando, expectante, cómo papá operaba la radio. Una operación a corazón abierto.

—Me pone nervioso el ruidillo ese —se excusó papá con un gesto amable.

Con la ayuda de un destornillador, papá operaba inútilmente. Aquello no era tan fácil como había imaginado. Nunca he visto que papá arregle nada. Todo lo contrario a mi abuelo Daniel. Mi abuelo Daniel sí que es un manitas. Hace nada arregló el filtro del lavavajillas, la cisterna del cuarto de baño, el timbre de mi bicicleta: «Ring, ring, ring». Es la única bicicleta del parque que tiene timbre.

—¡Uuuf! —exclamó papá, secándose una gota de sudor que le bajaba por su frente despejada.



Mamá sonrió y me puso la mano en el hombro.

—¡Que me aspen si no arreglo esto! —se lamentó como si fuera el ogro de un cuento.

Pues lo deberían haber aspado.

Aspar: clavar en una aspa a una persona.

—Nada, que no hay manera —se quejó papá. Juntó las partes y la radio volvió a ocupar su sitio. Con un tornillo de menos.

A partir de aquella mañana el dial del transistor (así llama mi abuelo al aparato de radio) quedó clavado en el 105,2 de la FM.

Mamá terminó de moler. Echó un poco en la cafetera y la puso sobre el fuego. Pocos minutos después el aroma del café recién hecho inundó toda la casa.

Mamá rodeó con las palmas de sus manos la taza.

—Tengo frío —dijo.

—Yo también —y me arrimé a ella.

De la radio salía una canción de cuando ella era joven, de cuando conoció a papá. La canción no había terminado todavía cuando una voz muy seria dijo que muy pronto llegarían las noticias de las diez de la mañana, las nueve en Canarias.

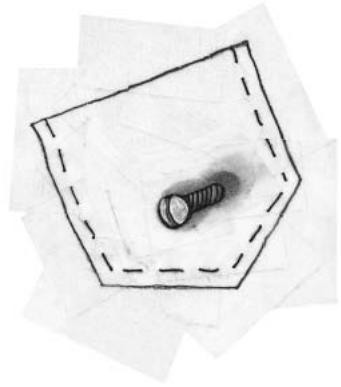
—Que me aspen. Voy a continuar con mi cuadro, que me falta poco para acabarlo. Soy mejor pintor que mecánico —se le escuchó decir a mi padre desde el pasillo.



Mamá se llevó la taza a los labios y dio un sorbo. Yo me llevé la mano al bolsillo y me guardé el tornillo que había sobrado de la operación a «transistor abierto». Se lo enseñaría a Hanif, el lunes.



2



A un millón de kilómetros

Como todos los lunes, me costó levantarme de la cama. Pero me levanté, me asecé, desayuné y salí camino del colegio, con el tornillo en el bolsillo. Como todos los días Hanif me estaba esperando.

—Buenos días Marc —y bostezó.

—Buenos días Hanif. Mira —le dije, sacando el tornillo que le había sobrado a mi padre de la «radio-operación».

—¿El qué?

—Esto.

—Te refieres al tornillo.

—Afirmativo. Me refiero a este tornillo. Pero no se trata de un tornillo cualquiera. Este tornillo me acaba de caer del cielo, justo, cuando salía de casa. Lo he pillado al vuelo. Casi me da en la cabeza. Así que debe de ser de un avión, de un cohete, si no del Discovery.

—O de un OVNI, no te digo.

—No. No creo que un OVNI lleve tornillos. Me inclinaría por un simple avión comercial que va de una ciudad a otra.

—No sigas. Esta mañana, mientras desayunaba, he oído en la tele que se ha estrellado un boeing 737 en no sé qué ciudad africana. Al parecer no se ha salvado nadie.

—Pues este tornillo es el responsable del accidente. No te quepa la más mínima duda —le dije a Hanif.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí, si se puede saber, eh? Y no te detengas a cada paso que llegaremos tarde.

—Pues por las corrientes de aire. Tú mejor que nadie sabes que un avión puede volar a más de diez kilómetros de altura...

—Querrás decir pies. A más de treinta y cinco mil pies de altura.

—Más a mi favor, Hanif. Pues a esas alturas, ya en la estratosfera, un tornillo como este es un juguete en manos de las corrientes de aire...

—Pretendes que me crea que ese tornillo se ha soltado de un boeing...

—Yo no me invento nada. Las cosas son así.

—No sigas, Marc. Me lo creo. Por cierto, ¿cómo lleva tu padre el cuadro que estaba pintando, ese que sale en su serie preferida de la tele?

—Ya casi lo ha terminado. Se ha pasado todo el fin de semana sin salir de casa.

—Igual que el mío.

—¿También tu padre ha estado pintando?

—No, qué dices. El mío ha estado todo el fin de semana en su despacho escribiendo. Tiene que terminar el primer guión para los americanos y está que no para. Con decirte que ni salió para ver los partidos de fútbol.

—¡Uuuuuf! Vaya marrón.



—Pues sí. Me he pasado el fin de semana más solo que la Luna.

—Se dice «más solo que la una», Hanif.

—Se dice «más solo que la Luna», Marc.

—Pues mi padre dice «una».

—Bueno, que da igual, Marc. Ha sido un fin de semana larguísimo. Me ha dado tiempo a leerme los dos libros que nos dijo Jovita. Y a que no sabes...

—Has inventado un nuevo bocadillo. Chapata crujiente de perdiz escabechada, con salsa criolla, con huevo duro y...



—No, que va. Aunque, como la asistenta no estuvo en todo el fin de semana, tuve que ser yo quien cocinó.

—No me lo creo.

—Bueno, la verdad es que dejó la comida preparada, yo sólo tuve que calentarla en el microondas. Pero no me refiero a eso. Me refiero a que acabo de empezar a escribir un libro.

—¿Un libro?

—Como lo oyes. Mi primer libro.

—¿Y cuántas páginas llevas escritas?

—Páginas lo que se dice páginas... Mejor pregúntame cuántas líneas llevo escritas.

—Pues, ¿cuántas líneas llevas escritas?

—Dos.

—¿Dos?

—¿Te parecen muchas?

— Qué dices. Me parecen pocas.

—Es que voy poco a poco. Además, comencé ayer por la tarde. Se me ocurrió mientras le subía la merienda a papá. Subía las escaleras y pensaba: «¿por qué no puedo yo escribir un libro?». Se lo dije a papá y no me contestó. Ni se giró. Siguió aporreando las teclas del ordenador. No sé qué te parecerá a ti, pero no está bien que un padre no conteste a las preguntas de su hijo...

—No, no está bien. Y menos una madre.

—No te entiendo, Marc.

—Cosas mías —le contesté y seguimos camino del colegio sin despegar los labios, sin hablar, dándole vueltas y más vueltas al tornillo. De vez en cuando Hanif me miraba serio. Sin duda alguna, Hanif estaba esperando a que le preguntase de qué iba el libro que estaba escribiendo, pero yo seguía dándole vueltas al tornillo dentro de mi bolsillo. Era mucho más interesante.

